

manera que deseaba Washington, teniendo en cuenta el estado de los negocios ántes de que se resolviera la Declaracion de la independencia; y si reflexionamos atentamente sobre el objeto que el Congreso se proponia y la naturaleza de sus poderes, podremos venir en conocimiento de cómo se incurrió en el error de no organizar el ejército de una manera permanente.»

Por más que Washington se resintiese por las indignas sospechas que de él se concibieron, no dejó de seguir la misma línea de conducta que desde el primer momento se trazara, y que en su concepto era la única que debía conducir á un resultado lisonjero y seguro. El Congreso sólo podía sancionar sus disposiciones y auxiliarle en sus esfuerzos; pero el trabajo de organizar, combinar y establecer un buen régimen militar, recaía todo sobre él. De modo es que contestaba respetuosamente á todo cuanto emanaba del Congreso, obedecía, pero insistía luégo, mostraba la falacia de las apariencias, la necesidad de una fuerza real para aquel poder que se le había conferido, para aquel ejército al cual se exigía la victoria. En aquella Asamblea, tan poco acostumbrada á gobernar, no faltaron hombres inteligentes, intrépidos, adictos á la causa, y algunos se dirigían al campamento, lo veían todo con sus ojos, hablaban con Washington, y llevaban á su vuelta la autoridad de sus observaciones y de sus consejos. La Asamblea se ilustraba, se robustecía, adquiría confianza en sí misma y en su general, decretaba las providencias y le confería los poderes de que necesitaba. Entónces entablaba correspondencias, negociaciones con los gobiernos locales, y tambien con juntas, magistrados, simples ciudadanos, exponiéndoles los hechos, invocando su sano juicio, su patriotismo, sacando partido en beneficio público de sus amistades personales, respetando las desconfianzas democráticas, las susceptibilidades de la vanidad, conservando su categoría, hablando con cierta autoridad pero sin ofender, y con persuasiva moderacion, siendo admirablemente hábil, en medio de los más prudentes miramientos hácia las debilidades humanas, en ejercer influencia sobre los hombres con los sentimientos honrados y con la verdad.

De este modo llegó Washington á ser el punto céntrico, el eje de aquella inmensa y complicada máquina que dirigía cuidadosamente, haciendo los mayores esfuerzos para impedir á todo trance su destruccion. La distancia que del Congreso le separaba, la lentitud de los pro-

cedimientos y el largo tiempo que trascurría ántes de que llegara á saber el resultado de las deliberaciones, hacia muchas veces que vacilaba y se inquietase; pero gracias á su prevision y á que muchas veces anticipaba en sus comunicaciones los hechos, consiguió vencer ciertas dificultades en cuanto era posible (1).

Aparte de esto veíase precisado á mantener numerosa correspondencia con varios cuerpos é instituciones de las colonias, cuyo celo era indispensable estimular, á fin de que conservaran su ardiente patriotismo, y facilitaran los auxilios que se pidieren.

Noticioso á principios de agosto de 1775 de que se trataba á los prisioneros cogidos por los ingleses en Bunker's Hill con la mayor severidad y dureza, escribió al general Gage con este motivo. Ambos habian servido juntos en clase de ayudantes del general Braddock, peleando uno al lado del otro en la sangrienta batalla de Monongahela, y desde entónces habian mantenido amistosas relaciones.

Gage negó que se maltratara á los prisioneros, expresándose de un modo algo insultante en cuanto á los rebeldes, que, segun él, debían terminar sus vidas en el cadalso con arreglo á las leyes vigentes del país. De modo que Washington se vió obligado á ejercer represalias con los prisioneros que tenia; pero muy pronto procuró dulcificar su situacion, y con noble generosidad les dejó libres bajo su palabra, esperando que semejante conducta realizaria á los americanos. Su contestacion á la carta de Gage fué tan digna como enérgica, como lo acredita el siguiente párrafo: «Aparentais, caballero, despreciar á todos los que no participan de vuestras opiniones ni han obtenido donde vos su grado; pero debo deciros que el que se adquiere por la eleccion de un pueblo libre es tan honroso como lo pueda ser el vuestro, y toda persona verdaderamente magnánima y de nobles ideas no podrá menos de respetarlo.»

Al poco tiempo el general Gage fué llamado á Inglaterra, y sustituyóle en el mando el general Howe.

Aunque no habia discordancia de pareceres entre los colonos respecto á la necesidad de defender sus derechos y libertades, y aunque el pueblo no vaciló en posesionarse de los edificios públicos para asumir la autoridad del gobierno, habia muchos que no estaban aún resueltos á proclamarse independientes. En confirmacion

(1) Spark, *Vida de Washington*, pág. 139.

de esto pueden citarse las declaraciones del Congreso, de las Asambleas coloniales y de las Juntas que funcionaron durante el año. La Junta de la Carolina del Norte declaró que su más ardiente deseo era volver á encontrarse en la misma situacion en que se hallaba ántes del año 1763; la de Virginia, miéntras procedía á poner aquella colonia en estado de defensa, redactó una declaracion justificando tal medida; la de la Carolina del Sud declaró que ni deseaban introducir innovaciones, ni alterar la Constitucion ni proclamarse independientes, anhelando tan sólo seguir disfrutando de sus inapreciables derechos, y reconciliarse con la madre patria; la Asamblea de Pensilvania encargó á sus delegados en el Congreso que rechazaran toda propuesta que tuviese por objeto su separacion de la madre patria ó un cambio de gobierno; los delegados de Maryland recibieron tambien instrucciones para que no apoyasen ningun proyecto de independencia de las colonias, á no ser que una mayoría juzgase absolutamente necesaria tal medida para conservar sus libertades; la Asamblea de Nueva-Jersey expresó que nada deseaban tanto como la reconciliacion con la Gran Bretaña, y, por último, la Junta provincial de Nueva-York declaró que la situacion turbulenta de aquella colonia sólo reconocia por causa las medidas opresoras del Parlamento británico y los proyectos hostiles del ministerio para ponerlas en ejecucion y esclavizar á las colonias.

Sin embargo, es un hecho reconocido, que á pesar de las encontradas opiniones que segun hemos dicho predominaban en la Carolina del Norte, gran parte de sus habitantes se mostraban más opuestos al Parlamento, y abrigaban más ardientes deseos de libertad que los que la Junta hubiese anhelado. En prueba de esto, el 21 de mayo los ciudadanos del condado de Mecklenburgo llegaron hasta á tomar las necesarias medidas para que se declarase formalmente la independencia, y con tal motivo se formularon los siguientes acuerdos:

«1.º Todo el que directa ó indirectamente apoye ó favorezca en cualquier forma ó manera las peligrosas medidas adoptadas por la Gran Bretaña, que tienen por objeto despojarnos de nuestros derechos, será declarado enemigo de este condado y de toda la América.

«2.º Nosotros, los ciudadanos del condado de Mecklenburgo, declaramos, por lo tanto, disueltos los lazos que nos unian con la madre patria, considerándonos además libres de toda

intervencion de la Corona británica, á consecuencia de lo cual no reconocemos relaciones ni contrato alguno con aquella nacion, que ha querido despojarnos de nuestros derechos y libertades de una manera indigna, derramando luégo en Lexington la sangre de los patriotas americanos.

»3.º En virtud de lo expuesto, nos declaramos libres é independientes, sin reconocer otro soberano que una asociacion que nos gobierne, ni más autoridad que la del Congreso General, cuyo sostenimiento mantendremos, prometiendo cooperar para ello con nuestras vidas y haciendas.

»4.º No reconociendo la existencia de ninguna ley ni autoridad civil ó militar dentro de este condado, adoptaremos de consuno para lo sucesivo las primitivas leyes que nos rigieron, y por lo tanto nunca podrá considerarse que la Gran Bretaña tenga aquí derechos, privilegios, inmunidades ni autoridad alguna.

»5.º Todo oficial militar de los que existen en el condado podrá seguir desempeñando sus funciones miéntras se sujete á los presentes acuerdos, y todo individuo de este comité podrá desempeñar un cargo civil, aunque fuere el de Juez de paz, siendo en este caso de su deber instruir los procesos y sentenciar con arreglo á nuestras leyes, quedando asimismo obligado á conservar la paz, union y armonía, y hacer todos los esfuerzos posibles para que se propague el amor al país y á la libertad de América, hasta tanto que se organice y establezca un gobierno general en esta provincia.»

Sin duda estos acuerdos fueron dictados por el comité del Congreso, que al año siguiente se encargó de proclamar en todas las colonias la DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA.

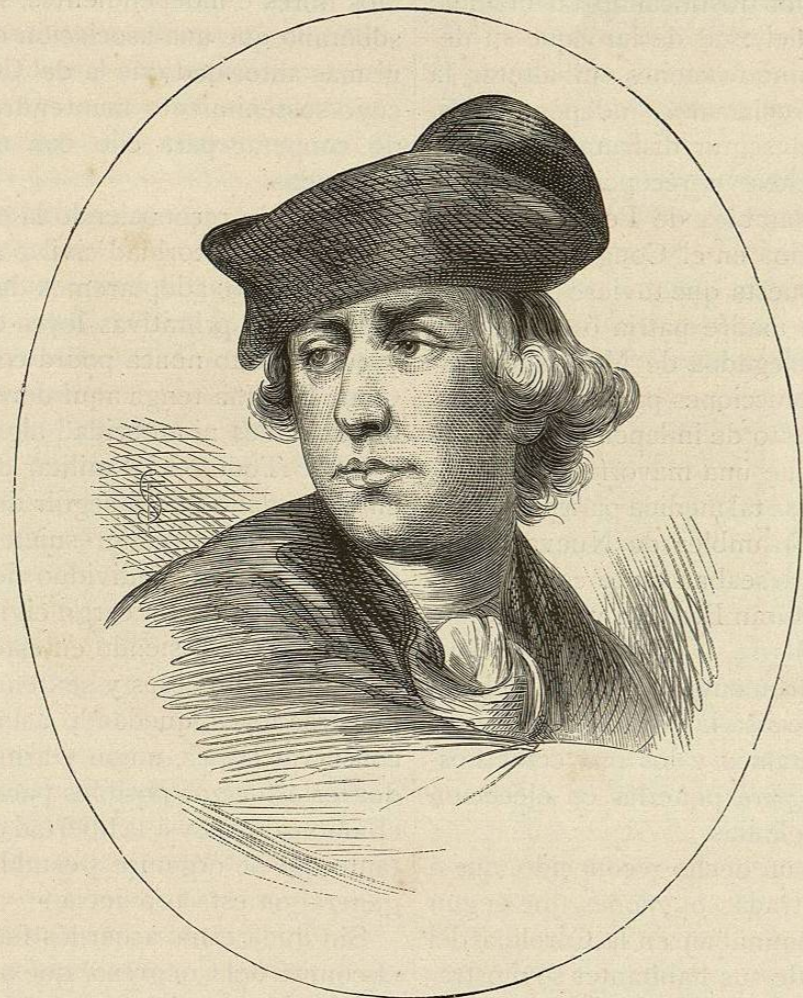
Después de la toma de Ticonderoga y de Crown Point, Allen y Arnold pidieron repetidas veces al Congreso que se les permitiera avanzar hasta el Canadá, para apoderarse de las fuertes posiciones de aquella provincia, lo cual consideró el mismo Washington como una medida defensiva. Al efecto se organizaron dos expediciones: una que salió por el lago Champlain, al mando del general Schuyler, y otra por el rio Kennebeck á las órdenes de Arnold. El general Lee marchó al propio tiempo con dos mil doscientos voluntarios de Connecticut hácia Nueva-York, para fortificar con la ayuda de aquellos habitantes la ciudad y las tierras altas del rio Hudson.

A fin de llevar á cabo su plan, los generales

Schuyler y Montgomery dirigieron á Ticonderoga con dos regimientos de la milicia de Nueva-York y algunos voluntarios de Nueva-Inglaterra que componian un total de dos mil hombres.

Montgomery recibió orden de avanzar con las tropas que se hallaban dispuestas, á poner sitio á San Juan, primer fuerte británico del

Canadá, distante unas ciento cincuenta millas de Ticonderoga, y poco despues siguió Schuyler, quien al llegar á la isla de las Nueces, á doce millas al sud de San Juan, envió circulares á los canadenses exhortándoles á que defendieran sus libertades y declarando que los americanos invadian su territorio como amigos y protectores. Los datos que dichos jefes reci-



El general Lee

bieron referentes á la situación de San Juan les obligaban á permanecer donde se encontraban hasta la llegada de tropas y artillería, por lo cual regresó el general Schuyler á Albania para apresurar la marcha de aquellas fuerzas. Pero habiendo enfermado, y no siéndole posible incorporarse de nuevo á su division, encargóse Montgomery del mando de todas las tropas. Tan pronto como llegaron los esperados refuerzos, se emprendió el sitio de San Juan; mas tuvo que suspenderse el ataque, por falta de artillería y municiones.

El coronel Allen, que servia á las órdenes de Montgomery, fué enviado con ochenta hombres á batir una partida de indios hostiles; y al regresar de la expedición encontróse con el

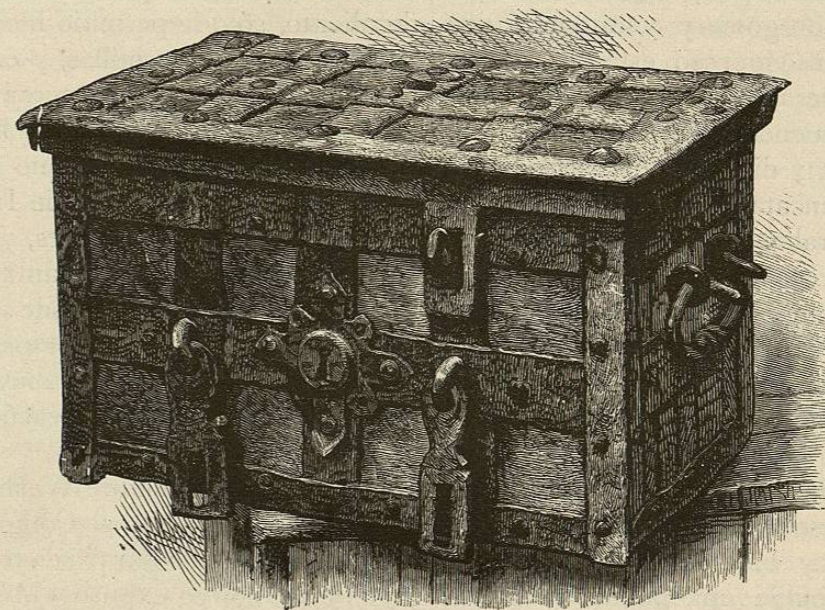
mayor Brown, que, acompañado de algunos hombres, había ido á recorrer el país para hacerse cargo de las disposiciones del pueblo é inducirle á que tomara parte en favor de la causa americana. Allen y Brown acordaron dirigirse á Montreal, divididos en dos secciones, con el fin de atacar á la vez por dos puntos distintos la ciudad. Allen cruzó el rio durante la noche, conforme convinieran, mas por circunstancias que se ignoran, Brown no se le pudo reunir luégo. El intrépido Allen, lejos de retroceder, resolvió mantenerse firme; pero llegada la mañana, el general inglés Carleton, al frente de varias tropas regulares y de milicia, atacó á los americanos. Allen se batió desesperadamente con sus ochenta hombres; mas al fin

tuvo que rendirse, y fué enviado á Inglaterra con todos sus bravos compañeros. Despues de grandes trabajos y sufrimientos, regresó á América, y estuvo prisionero en Nueva-York, no obteniendo la libertad hasta luégo de la victoria de Saratoga en mayo de 1778.

El 13 de octubre se tomó un pequeño fuerte en Chamblet, apoderándose de varios cañones y unos ciento veinte barriles de pólvora, que le vinieron muy bien al general Montgomery para atacar á San Juan. A pesar del incesante fuego del enemigo, los americanos consiguieron le-

vantar una batería cerca de aquel fuerte y se dispusieron á dar el asalto, si necesario fuese.

Enterado el general Carleton de la situación de San Juan, reunió cierto número de fuerzas para acudir en su auxilio; y apostando al coronel Lean con un regimiento escocés en la embocadura del Sorel, trató de cruzar el Longueil; pero el coronel Warner, que se hallaba estacionado en este último punto, con trescientos montañeses y una pequeña pieza de artillería, rompió un fuego tan certero contra los botes, que los



Arca de dinero de Washington (Copia de una fotografía)

ingleses se vieron obligados á volverse á Montreal.

Considerando inútil toda resistencia, se expidió una orden al mayor Preston, jefe de la guarnicion del fuerte sitiado, para que se rindiera, y el 3 de noviembre tomaron los americanos posesion del fuerte de San Juan.

Carleton abandonó á Montreal á su suerte, y escapóse durante la noche en una canoa por el rio, mientras que Montgomery hizo su entrada en aquella ciudad, permitiendo á sus habitantes que se rigieran por sus leyes, y concediéndoles el libre ejercicio de su religion y el privilegio de gobernarse por sí mismos. Su benévola conducta indujo á muchos á unirse á su bandera; pero en cambio varios soldados de su division desertaron por serles perjudicial el clima, y otros se volvieron á sus casas por haber cumplido el tiempo de su empeño.

Con el resto de sus fuerzas, que ascendian á unos trescientos hombres, emprendió Montgomery la marcha hácia Quebec, esperando en-

contrar el destacamento mandado por Arnold que debia haber penetrado por el Maine.

Arnold emprendió su marcha á la cabeza de mil hombres, y despues de luchar con un sin número de contrariedades, llegó por fin á Point-Leví, frente á Quebec. Cruzó el San Lorenzo, trepó por el precipicio escalado algun tiempo ántes por Wolfe, y formando su pequeño ejército, reducido sólo á setecientos hombres, por las pérdidas que tuvo en las memorables llanuras de Abraham, se puso en marcha hácia Quebec con la esperanza de sorprenderlo; pero avisado por un cañonazo que dispararon desde sus murallas, que estaban dispuestos á recibirle, se vió obligado á retirarse, dirigiéndose á Point Trembles, para esperar en aquel punto á Montgomery.

Arnold entregó á un indio una carta para el general Schuyler, en la cual le noticiaba sus progresos; mas el salvaje la llevó al general Carleton, lo cual fué causa de que fracasara la empresa.